

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

A la fenecida institución del café cantante empiezan a rondarla nostalgias; y no de poetas bohemios sino de hombres emprendedores, bien enseñados a ir a lo suyo. Va habiendo alguna apertura, precisamente en lugares muy turistizados (con perdón) y sofisticados. La idea es buena, pero se nos ocurren algunos consejos.

El café cantante debe estar aparte de un Drug Store, esto desde luego. Sean los tipos nórdicos admitidos en su recinto, pero en número limitado proporcionalmente al de clientes indígenas, y aquí un cupo obligatorio de tratantes en lo que cuadre, ya que un café cantante lo es no solamente por lo que pasa en el tablado, sino por el paisaje humano de alrededor de las mesas (Que piden tapa de mármol.) No procede la llamada a la espontaneidad artística de los parroquianos fundándose en el ambiente íntimo del establecimiento. Pues el café cantante no ha de ser familiar y sí vasto y multitudinario, sin parentesco con eso que llaman "nidos de arte"; y su escenario reservado a la honradez de profesionales conscientes de un trabajo que debe abrocharse en cada sesión con el brío patriótico de la jota.

Sí. Terminaban siempre con la jota. Antes habían pasado el cuadro flamenco, el caricato, la hawaiana y el conjunto hispanoamericano. Veíanse en el público atendedores de dedicación plena; pero lo más frecuente consistía en una sabia alternancia de lo artístico con el manejo del dominó. Una vez apareció en el "Iris" un trío que tocaba y cantaba lentamente, insidiosamente:

Alma del África lejana,

llenas mi pecho de candela.

Entonces se suspendía el golpeteo de las fichas y no se toleraba el ruido de una mosca. Yo no encontré la clave hasta pasado el tiempo cuando comprendí la inmensa necesidad de lejanías tropicales que puede acumularse en el corazón de un mozo de Villadangos.

Pero volvamos al tema de la restauración. Una empresa complicada. No es lo mismo intentarlo al aire de un complejo cosmopolita, donde el regreso a lo antiguo significa una forma más de extravagancia, que soñar con "Mercantiles" y "Liondores" y "Universales", en Lugo, en León, en Zaragoza... Porque, ¿dónde está el empresario

capaz de rescatar los viejos y amplios locales que hoy son sucursales bancarias y almacenes de "prê-à-portet"? ¿Y en qué lonja artística se podrían contratar suficientes lagarteranas y jotereros? Pero, sobre todo, y aquí la madre del cordero: ¿dónde los parroquianos tan ricos que puedan disponer de sus tardes? El café cantante, aunque también conociera su nocturnidad cotidiana, era principalmente para surcar una tarde provinciana y lenta. Ciudades de mucha tradición cafetil y soportalera, son ahora polos de desarrollo.

OoO

LLEVABA uno escribiendo treinta o cuarenta años; y uno, en su decoro, apenas se atrevía a declararse escritor en la relación con los demás. Y mucho menos sobre las tarjetas de visita, en la guía de teléfonos, a la hora de responder a un oficinista raso que preguntara la profesión por mero y aburrido trámite.

Esto era absurdo, porque decirse uno mismo escritor no va contra la debida modestia: alude simplemente a un hecho, no a una valoración de calidad. Y debiera decirse como el abogado dice que es abogado; o el fontanero, fontanero. Jorge Guillén, la gran figura del 27 que a lo mejor va para Premio Nobel, confesaba que a él le pasa lo mismo; que a cualquier pregunta más o menos oficial, nunca se había atrevido a manifestar como profesión la poesía:

"-Y es que, mire usted, eso de ser poeta es tan improbable..."

Yo creo que pasaba así porque nadie tenía en regla "los papeles" de escritor. Jamás los tuvo -por ejemplo- Juan Ramón Jiménez, que en su vida no hizo más que escribir versos. Jamás Pío Baraja, que salvo lo efímero de su medicina en Cestona y su panadería en Madrid, se pasó una vida larga en el menester disciplinado y constante de escribir novela tras novela.

Pues bien. Ahora, recentísimo suceso, el autor de libros venales, así estos sean portadores de las ideas más anárquicas y románticas, queda no sólo autorizada, sino obligado a empadronarse como escritor. Y es que la sociedad ya no quiere bromas, no acepta el riesgo de un futuro en que tenga que suplir por sí misma la imprevisión de los individuos. Y al igual que somete a los científicos, a los obreros manuales, a los labriegos, a los trabajadores autónomos..., agrupa a los escritores bajo el manto paternal que les cubra las necesidades del futuro. Un futuro que se prolonga en los

jubilados hasta límites insolentes, y con unas apetencias de vida buena -de vida cara como para ponerse a cavilar (los economistas).

En fin, he aquí que apartando por un rato las cuartillas esperanzadas o las galeradas fatigosas, me he puesto a cubrir el boletín de cotización, ejemplar rosa, para unir al Mod. R-2, en su día el Mod. A-2-E.L., y acaso la Declaración Jurada de la norma 3ª, Mod. DJ-2...

Luego he ido al rotulista y le he encargado con decisión una plaquita dorada para la puerta del piso: "Escritor". No más eminente que la del callista -podólogo- del apartamento de al lado. Pero tampoco menos.